

# PERFIL



## Szyszlo: cerca de lo sagrado

Manuel Eráusquin

Al pensar en Fernando de Szyszlo Valdelomar se tiene que considerar que no solo es el pintor más importante de estas tierras: él es parte de la brillantez de una generación que desde las artes plásticas, la literatura y las humanidades se pronunció sobre el alma de este país. Un alma tormentosa, fragmentada y jodida. Pero también un alma antigua, ancestral; provista de una herencia cultural que debería ser uno de nuestros capitales más determinantes para trazar con firmeza nuestro destino. Szyszlo siempre lo entendió así.

Lo comenta antes de empezar de manera formal la entrevista y profundiza sobre lo que somos como sociedad. Asume que, con la riqueza histórica y cultural que posee el Perú, deberíamos alcanzar un futuro protagónico. Es lo que mereceríamos, pero, claro, la indiferencia a ese acervo produce una nación irresuelta, castigada por una ignorancia insolente. Y eso es lo que duele: que la necedad se imponga y nos condene al vacío de la mediocridad.

Pero Szyszlo tiene fe, y se muestra a los 92 años con vitalidad, lucidez y elegancia. Piensa en el país con intensidad, pero la melancolía es inevitable: “Siempre he creído que el Perú puede tener un gran destino, pero me deprimó porque el tiempo de los seres huma-

nos es corto, a diferencia del tiempo de las sociedades. Me apena saber que no podré ver ese gran cambio”, confiesa el pintor, que se prepara para una charla larga, casi total de su vida: el arte, sus influencias, sus amigos de la generación del 50 a la que pertenece, la política y su familia.

El artista, trajeado con un saco crema de lino para evitar el asedio de un verano en versión extendida y mantener la distinción, se acomodó en uno de los sillones de su sala; espacio custodiado por cuadros coloniales, piezas precolombinas, una pintura de su serie *Mar de Lurín* y un piano: todo un escenario concebido para pensar y expresarse. Así, en esa atmósfera, Fernando de Szyszlo invocó los nombres de aquellos amigos y compañeros de ruta que ya no están, pero que lo inspiraron; artistas e intelectuales que marcaron su camino: Emilio Adolfo Westphalen, José María Arguedas, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, Blanca Varela, Octavio Paz, Wilfredo Lam o Rufino Tamayo. Todos vivos en su memoria, en sus palabras.

## **La peña Pancho Fierro y el querido Arguedas**

Hay lugares que poseen un gran poder de influencia en las personas, que son habitados por gente que les imprime una personalidad o energía que entusiasma el espíritu de los demás: la peña Pancho Fierro tenía esa magia y convocó por más de treinta años a los artistas e intelectuales más agudos y audaces del país. Las hermanas Alicia y Celia Bustamante, junto a José María Arguedas —esposo de Celia— produjeron desde 1936 hasta 1967 un epicentro cultural que irradió lucidez en la discusión intelectual.

Fernando de Szyszlo no tiene que hacer memoria: él tiene muy presente esa época en su vida, días cuando se era feliz compartiendo con los amigos y proyectando sueños de cambio en la sociedad; cada quien desde su trinchera creativa o académica. Exposiciones de pintura, recitales de poesía e intensos debates perfilaban las veladas en la peña. Época irrepetible para él y la ciudad de Lima: allí, en ese local, la historia se escribía todas las noches con el canto de Arguedas o con los penetrantes discernimientos de los ilustres amigos de la casa. Otros tiempos.

—*La peña Pancho Fierro tuvo un aura mítica en el mundo cultural limeño.*

—Es curioso, pero eran solo dos cuartitos y quedaba al frente de la iglesia San Agustín en el Centro de Lima. Estaba abierta todos los días de siete a nueve de la noche. Las hermanas Alicia y Celia Bustamante eran las dueñas. Asistía gente muy interesante a nivel intelectual y amigos entrañables para mí, como Emilio Adolfo Westphalen, Sebastián Salazar Bondy, Blanca Varela, Sérvulo Gutiérrez o José María Arguedas.

—*Bueno, Arguedas era parte esencial en la peña. ¿Cómo era él en esas reuniones?*

—Cuando había alguna fiesta, José María tocaba guitarra y cantaba, y lo hacía con una voz maravillosa. Era una persona generosa e interesada por todo: le encantaba averiguar, por ejemplo, sobre los aviones jet. Y cuando viajó por primera vez en un avión jet le hizo una oda en quechua.

Szyszlo sonríe y después respira profundo. Cierra sus ojos unos breves instantes como si quisiera transportarse a esa época y volver a abrazar a José María Arguedas, su amigo; el amigo que lo acercaba al mundo andino para que entendiera otra sensibilidad, una que era menospreciada por una Lima indiferente, discriminadora: terriblemente racista. Un aporte clave para el pintor dentro de su concepción sobre lo que éramos como país, uno pluricultural y, a la vez, fraccionado. Toda una paradoja.

Mientras procuraba identificar algún episodio esencial vinculado a su amistad con el autor de *Los ríos profundos*, Szyszlo apela a los pequeños detalles. Situaciones cotidianas que describen su relación fraterna con Arguedas: las ocurrencias, las bromas, la lucidez de su pensamiento y su voz. Esa voz que neutralizaba la pesadumbre en la peña Pancho Fierro. Cantos populares que exhibían la dimensión más tierna y apacible de su espíritu. Noches libres de tormento.

Esos recuerdos lo conmueven: él sabe que, después de esas veladas, José María Arguedas se quedaba en soledad con sus angustias y pesares. Confiesa que siempre percibió una fragilidad,

una escisión irremediable en su ser. Impotencia absoluta frente a ese tipo de mal: qué podían hacer él y sus amigos. Hubo esfuerzos, todos en vano. La depresión estaba instalada desde hacía mucho en el escritor. Se asiló, y de manera paulatina se fue apagando hasta que la tragedia irrumpió.

*—Se ha referido a José María Arguedas como alguien espontáneo, e incluso festivo, pero en el fondo la depresión siempre estuvo.*

—Mire, él fue una persona bastante abierta y afectuosa, como le he dicho, pero en el fondo de sí mismo siempre se sintió un exiliado. Sentía que era alguien deportado en Lima. Siempre sintió que estaba fuera de sitio. Y eso se agudizó cuando se separa de su esposa Celia y se casa con Sybila Arredondo.

El artista plástico endurece el rostro y su voz adquiere un tono más grave al pronunciar el nombre de Sybila Arredondo: exmujer de Arguedas, pero también una condenada a prisión por senderista en 1990. Actualmente está libre: cumplió una pena de 15 años. Szyszlo prefiere no detenerse en ella mucho tiempo; se percibe que la repudia. Se contiene, pero deja entrever que fue una persona devastadora para José María Arguedas, alguien que lo arrastró a escenarios de militancia política que él no manejaba y que lo desestabilizaron más.

—La depresión se vuelve más fuerte con el tiempo y en el caso de José María el primer intento de suicidio deja las cosas bien claras sobre el estado en el que estaba: se tomó unas pastillas y lo encontraron a las siete de la mañana después de haberlo estado buscando toda la noche. Lo salvaron esa vez. En esa época había estado escribiendo la novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo* y en el primer capítulo escribió que nosotros, sus amigos Emilio Adolfo Westphalen, Alberto Escobar y yo, nunca lo habíamos comprendido. Confesaba que el intento de suicidio se debía a que estaba muy deprimido, que la locura que cometió fue que intentó matarse con veneno y que lo descubrieron. Y, allí mismo, escribe que en Chile compró una pistola: asumió que el uso de esa arma era la única manera de acabar con todo su dolor.

Los años han pasado, pero el desasosiego, el impacto perduran en Szyszlo: el anuncio del propio Arguedas de querer volarse la cabeza no fue interpretado como una despedida: todos sus amigos atribuyeron esa parte de la novela a la ficción. Era lo que correspondía en un texto teóricamente literario, pero nadie pensó, o nadie quería pensar, en lo peor. El miedo, la negación pudieron más. Así llegó la fatalidad, pero el pintor es consciente de que era difícil ayudarlo: José María Arguedas se había alejado de sus amigos después del primer intento de suicidio; rescatarlo era improbable.

—¿Qué pensaban cuando leían esas líneas en la novela?

—Nosotros creíamos que era un capítulo de la novela, una ficción, y lo que resultó fue una descripción exacta de sus intenciones, de lo que pasó después. Y ese primer capítulo fue publicado en la revista *Amaru* cuando aún estaba vivo. Todo eso fue muy terrible.

El 28 de noviembre de 1969 José María Arguedas se encierra en uno de los baños de la Universidad Agraria, casa de estudios donde trabajaba, y se dispara a la cabeza. Agonizó durante cinco días y murió el 2 de diciembre. Así terminó sus días uno de los intelectuales más brillantes del país: torturado por una depresión que lo agobió junto al insomnio y la fatiga. En esas condiciones no pudo leer, viajar e impartir sus clases con solvencia. Sintió que su camino no podía seguir así. Quizás el origen de ese mal esté en su infancia, etapa de su vida en la que, con apenas dos años, perdió a su madre.

Cuando su padre se vuelve a casar, las consecuencias fueron devastadoras para el pequeño José María: su madrastra lo despreció y lo confinó a vivir con el personal doméstico de la casa, gente del ande, personas rechazadas por ser indígenas. Ellos lo acogieron: el niño blanco de la casa fue cuidado y amado por la servidumbre india. Desde esa experiencia, Arguedas se reconvierte y conoce el universo andino, la sensibilidad y su especial ternura. Pero la sensación de no pertenecer a ningún lugar persistió. Eso marcó su emocionalidad; siempre lo angustió.

El artista plástico evoca los últimos años de Arguedas y la política. Tiempos grises para el autor de *Los ríos profundos*, quien para muchos de sus amigos jamás habría de pensar en acciones radicales: “José María nunca tuvo un espíritu de militante político y jamás habría pensado en la lucha armada como un camino”, expresa Fernando de Szyszlo con absoluta convicción. Lo que vino después, en el funeral, fue el desconcierto para los viejos amigos: en la puerta del cementerio El Ángel entregaron varios volantes con la letra de la Internacional Socialista. Ellos no entendían nada. Solo les quedó llorarlo en silencio.

## París, Paz y lo precolombino

La idea de salir del Perú e ir en busca de las grandes manifestaciones artísticas en Europa era una obsesión de Fernando de Szyszlo y Blanca Varela. Ambos sabían que para crecer había que aventurarse. Lo contrario sería desperdiciarse en un medio que no estimulaba las iniciativas intelectuales y artísticas. Por eso, el pintor y la poeta decidieron casarse rápido y viajar rumbo a ese sueño. Y así, el 19 de agosto de 1949 ambos contraen nupcias y ese mismo día se embarcaron hacia la capital de Francia, París, que se recuperaba lentamente de la Segunda Guerra Mundial. La travesía la llevaron a cabo en el barco Reina del Pacífico: bastaron 28 días para pisar suelo francés y descubrir un nuevo mundo.

—*Si no hubiesen ido a París, ¿qué habría pasado con ustedes? Un misterio, ¿no?*

—El hecho es que era imposible tener veinte años durante la posguerra y no decidir ir a París a vivir. Casi toda mi generación fue a París.

—*Pero esa fue la etapa más dura.*

—Bueno, cuando llegamos en 1949 la escasez era muy fuerte. Esos fueron cinco años de privaciones porque teníamos muy poco dinero, pero fue una época edificante y muy decisiva en nuestras vidas.



—*La presencia de Octavio Paz fue muy poderosa: él fue un mentor para ustedes.*

—Octavio Paz poseía una cultura amplísima y una gran lucidez. Cuando lo conocimos él tenía 34 años y disponía de un prestigio enorme en París. Era absolutamente respetado: ya era un poeta y ensayista de relieve. Es más, en esa época escribió *El laberinto de la soledad*, texto ensayístico sobre qué cosa es ser mexicano, que por extensión los demás latinoamericanos lo leímos como si fuera nuestro propio país.

Ese París, esa ciudad mágica de posguerra, nunca más volverá: los apremios económicos que vivió Szyszlo en esa época se compensaron con estar en el mundo: conoció a personajes que determinaron su visión artística e intelectual, estuvo donde las cosas ocurrían. Octavio Paz fue clave, pero el encuentro con el muralista Rufino Tamayo, otro mexicano de gran protagonismo, terminó por orientarlo en la concepción de su pintura. Wilfredo Lam también influyó en su crecimiento; literalmente los planetas se habían alineado: la capital francesa era el epicentro de cambios e influencias trascendentales para la cultura.

Con este escenario alentador, las sincronías solo ocurrían: Fernando de Szyszlo encontró en el poema de Octavio Paz, “Mariposa de Obsidiana”, una de sus primeras llaves para darle dimensión a su imaginario plástico.

—*El poema “Mariposa de Obsidiana” fue clave para que usted orientara su visión conceptual.*

—En parte, “Mariposa de Obsidiana” representa el universo que descubro, que de seguro estaba dentro de mí, pero este poema me hace ver ese horizonte, porque logró que saliera de mi inconsciente toda una gama de aspectos. Ese poema ha conseguido volver realidad esos aspectos interiores a través de las palabras.

El artista peruano entendió que la modernidad no solo se sostenía en las innovaciones técnicas de Europa; existía un elemento especial proveniente de la identidad, de lo que somos culturalmente. Y en esa búsqueda se encontró con lo ancestral: lo precolombino como herencia cultural y camino para llegar a una auténtica moder-

nidad en la pintura. A partir de esa experiencia, su visión del mundo se hizo clara y potente. “La idea era tener una pintura propia que expresara el lenguaje de la época”, argumenta Szyszlo, quien bajo esa perspectiva redefinió la mirada del arte en el siglo xx en el Perú.

La conversación había llegado a un punto donde estirar las piernas era una idea razonable: el pretexto perfecto para ir a su biblioteca, un espacio que no solo alberga sabiduría libresca, sino que también posee huellas pronunciadas de un camino vital con muchos resplandores. Acceder a ella era como sentirse en un templo, en una especie de lugar sagrado: muchos libros, demasiados para poder leerlos en esta vida. Uno se apena, la existencia es corta y queda tanto por leer. Pero esa aflicción es contrarrestada, neutralizada por el entusiasmo de Szyszlo al mencionar que la lectura lo protegió, le dio un propósito cuando era un niño: “Era asmático y pasé mucho tiempo en cama. Esa etapa fue fundamental: me daba cuenta de que la lectura no solo era la posibilidad de acceder al conocimiento, sino a imaginarme otros mundos”, me cuenta mientras me muestra su pequeño altar de imágenes; un universo de poetas, escritores y pintores donde están amigos suyos y sus autores preferidos: César Moro, Charles Baudelaire, Marcel Proust, André Malraux, Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, Cabrera Infante, José María Arguedas y Rembrandt. Su familia también se encuentra en distintos puntos de esa mesa que tributa a lo que más quiere y respeta: sus hijos Vicente y Lorenzo (fallecido), sus nietas y él junto a su esposa Liliana Yábar en diversos lugares del mundo.

Después de un avistamiento relámpago a sus libros, el pintor sugiere continuar la conversación en la biblioteca. A mí me parece mejor, siempre lo he visto como un lugar reconfortante e inspirador. Aunque confieso que, desde la primera vez que lo entrevisté, me inquietan unas figuras de tamaño natural de aura angélica, las tiene ubicadas al final de este recinto: son cuatro personajes que actúan como custodios y permanentes testigos de la cotidianeidad del pintor, pero, claro, siempre silentes. Lo que produce la imaginación.

—*Lima en los años 50 no ofrecía muchas posibilidades para los artistas plásticos, ¿cierto?*

—No había galerías; no había nada: era un páramo.

—Además, el predominio del indigenismo exigió una lucha intensa para demostrar que la pintura peruana podía expandirse más.

—Mire, lo nuestro fue una batalla. Mi generación batalló contra el indigenismo, contra la manera provinciana, costumbrista o local de ver el mundo.

—Pero no por desprecio...

—No, todo fue con mucho respeto. Era asunto de ideas. Y ahí pasó algo muy importante...

—¿Qué fue lo importante?

—Lo importante que ocurrió fue la presencia de José María Arguedas: él era un hombre de formación quechua y nos hizo ver el mundo andino. Y se interesó, a su vez, por el arte precolombino que no le había interesado mucho, porque estaba más pendiente del arte popular.

—Arguedas los llevaba también a celebraciones andinas.

—José María nos llevaba los domingos a la avenida Grau a las carpas donde tocaban música andina, y allí era el rey porque conocía a todos. Y era maravilloso que una persona de la formación de Arguedas, tan rural, buscara conectarse y conocer de todo: poesía, pintura y arquitectura moderna. A eso hay que sumarle que fue determinante darnos cuenta de que el único arte original a nuestro alcance era el precolombino. Aquí en el Perú no hay museos donde ver un Rembrandt, un Tiziano o Picasso. Eso es como pedirle a un escritor que se desarrolle leyendo la revista *Reader's Digest*.

## Política y religión

De chico, en el colegio Inmaculada, regido por los jesuitas, le hacían cantar todos los días el himno de la Falange española: "Cara al sol". Un tema fascista desprovisto de talento, pura propaganda. Esa atmósfera propició su visceral rechazo a todas aquellas mani-

festaciones autoritarias y también a la figura de la Iglesia católica, identificada con la dictadura franquista. La personalidad política del pintor se perfilaba: empezó a sentirse un hombre de izquierda. La época lo respaldaba.

—*Cantar en el colegio el himno falangista lo colocó en la izquierda de joven.*

—Esa experiencia en el colegio me causó rechazo a ese tipo de manifestaciones políticas fascistas y dogmáticas. Y, claro, mi alejamiento de la religión católica. Después del colegio nunca más regresé a una misa. Era una persona inclinada a la izquierda y eso continuó en la peña Pancho Fierro, y allí todos éramos gente de izquierda.

La guerra civil española fue el epicentro de su referencia ideológica: Szyszlo estaba con la República, que había sido derrotada por los franquistas. Ese momento de la historia lo acercó a las ideas de izquierda, que después también se fueron desplomando por la tentación de la tiranía.

Esa desilusión empieza con los juicios y los asesinatos de Stalin en la Unión Soviética: persecuciones implacables y la eliminación de sus propios camaradas. León Trotski supo de eso.

Constatar posteriormente que Stalin traicionaba a los suyos tuvo un impacto poderoso en Szyszlo: la Gran Purga —finales de los años treinta— barrió con muchos líderes del Partido Comunista Soviético y también con muchos opositores. El asunto es que todos ellos terminaron muertos para que el líder soviético se consolidara en el poder. Unos morían con la rapidez propia de un fusilamiento y otros, hambreados, esperaban la muerte en un gulag.

—*La desilusión con Stalin fue grande.*

—Me voy alejando de la izquierda con la desilusión del stalinismo, aquellos juicios y crímenes contra sus compañeros, como Kámenev, Zinoviev o Trotsky; toda esa primera generación de comunistas enviados a eliminar por Stalin para afianzarse en el poder. Y a varios de ellos no solo los asesinaron, los obligaron a que ‘confesaran’ falsedades, como que habían sido traidores. Por eso, hay ese libro fantástico de *Oscuridad a mediodía*, novela de Artúr Kösztlér, que relata cómo un líder era obligado por ‘amor a

la revolución' a decir que él había sido un traidor para salvar a la revolución de Stalin. Todo eso, y el surrealismo, que siempre fue un movimiento importante para mí y que estaba muy inclinado al trotskismo, causó mi desencanto del Partido Comunista Ruso.

—¿Fidel Castro le llamó la atención?

—Nunca fui castrista, pero, cuando me invitaron a hacer una exposición en Cuba, por el décimo aniversario de la Revolución cubana, yo fui; y los otros peruanos presentes me consideraban un reaccionario repugnante. Entonces, me ignoraron totalmente: ellos no me invitaron a nada, pero hice mi exposición y estuve con Fidel, entre otros. Y me regresé sin pena ni gloria.

Así, el artista iba dándole forma a su personalidad política: Szyszlo abrazó las ideas liberales, según las cuales la persona es respetada en sus derechos fundamentales. Los totalitarismos socialistas lo empujaron al desencanto con los proyectos de izquierda. Esa mirada ideológica, de exploración intelectual en la política, no solo se manifestó en un ámbito de discusión de ideas: el pintor tuvo su prueba de fuego en 1987 con el partido Libertad, fundado en el estudio de su casa. El anuncio de Alan García de estatizar la banca desencadenó todo. Gran parte del país se levantó para decirle no. Szyszlo, en primera fila con Mario Vargas Llosa.

El discurso del 28 de julio de 1987 del presidente Alan García fue un misil de destrucción masiva: esa fue la sensación de los empresarios y grupos políticos como el PPC y Acción Popular. En ese momento, la hiperinflación empezaba a devaluar la moneda y el terrorismo nos agobiaba más: nadie dice hasta ahora, ni siquiera el propio García Pérez, qué pasó por su cabeza para haberse animado a tremenda locura. Quizás la irresponsabilidad de un joven presidente, aunque el narcisismo es una razón que no se descarta.

Esa coyuntura congregó a varias personas interesadas en neutralizar la medida de Alan García Pérez: amigos de Mario Vargas Llosa y Fernando de Szyszlo fueron convocados a reuniones de emergencia en la casa del pintor. Personajes como Luis Bustamante, Hernando de Soto, Ricardo Vega Llona, Miguel Vega Alvear, Miguel Cruchaga, Frederick Cooper, entre otros; gente del mundo empresarial y académico preocupada y cansada de los descala-

bros económicos que vivía el país por culpa de políticos ineficientes y corruptos. Con esa impronta, nació Libertad, y Fernando de Szyszlo por primera vez fue un militante político.

*—Usted antes que todo es un artista: el espacio político es un ámbito minado, alejado de la belleza.*

—La política es un campo minado, pero también inevitable. Yo no creo que haya un artista o un intelectual que se abstraiga de la realidad, sobre todo en América Latina, donde todo es tan complicado.

*—Es interesante que Hernando de Soto haya estado al principio con ustedes.*

—Cuando se habló de quién sería el candidato, se decía que el único candidato posible era Mario. Después de eso, Hernando de Soto desapareció.

*—Libertad se complementó con Acción Popular y el PPC, de allí nace el Fredemo. Esa alianza no fue nada fácil: viejos líderes como Belaúnde y Bedoya Reyes influían.*

—Ellos tenían prestigio político, pero no votantes. Bedoya nunca tuvo mucha dimensión nacional y Belaúnde fue perdiendo a sus votantes por todas sus vacilaciones: ellos agarraron a Mario como una tabla de salvación.

*—Muchos pensaron que el primer error de Mario Vargas Llosa fue aceptar esa alianza.*

—Yo no tuve la lucidez de criticar que Mario aceptara esa unión. Pero el consejero político que tenía Mario, Mark Malloch, dijo que era fatal.

*—¿Dónde radicaba la fatalidad para él?*

—En que cesó de ser un líder de una reforma radical, y que aparentemente mediatizaba su manera de ver la política.

*—Ahora, que Fujimori haya ganado también es por la ayuda recibida de García...*

—Alan García tuvo mucho que ver, y yo se lo he dicho. Yo quiero mucho a Alan, creo que su segundo gobierno fue muy bueno. Pero le digo: “Tú pusiste a Fujimori en el gobierno, como Mario a Humala”.

—¿Y Alan García qué le responde?

—Es una persona con mucha cancha. No contesta, solo se ríe.

Una experiencia interesante para Fernando de Szyszlo: una época dura, pero con expectativas de cambio, hasta que eso quedó truncado con el triunfo de Alberto Fujimori. Y todo se volvió amargo.

En aquellos años, la poeta Blanca Varela, esposa del pintor y madre de sus hijos, nunca miró con buenos ojos la participación de Mario Vargas Llosa en un proyecto político. Ella pensaba que el escritor no estaba preparado para esas lides: un mundo de intrigas, de cálculos y de mucho cinismo.

Al consultarle a Szyszlo, concentrado en hallar más argumentos sobre los problemas de la alianza del Fredemo, responde con cierta resignación: “Mario no sabía mentir, no sabía manipular. Él era una persona que creía de manera sincera que se podía hacer política de forma decente y ganar. La realidad es que eso no ocurrió. No era cierto”. Al concluir su opinión, de nuevo el sabor amargo: el recuerdo de esa frustración política sigue intacto.

## **La mirada del crítico**

Luis Lama es uno de los críticos de artes plásticas más prestigiosos en el Perú: desde hace más de treinta años su columna Artes & Ensartes, que publica en la revista *Caretas*, expone los grandes aciertos de los artistas y los actos fallidos de su creatividad. No todas las obras son goles de media cancha.

Lama, quien llegó al Perú de República Dominicana de chico porque su padre era un perseguido político del dictador Rafael Leónidas Trujillo, entiende de manera muy concreta que no hay otro Szyszlo y que tampoco lo habrá.

Docente en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Ciencias Aplicadas (UPC), Luis Lama todos los días absuelve preguntas fuera de clase en la cafetería: los estudiantes se le acercan y con una paciencia budista los ilustra. Lleva un mundo de cosas, su mundo en una maleta con ruedas. Su rostro denota cansancio, pero uno producto del trajín del día, de las clases y de pensar en nuevas formas académicas para ayudar a sus estudiantes: una labor encomiable en tiempos de correos electrónicos y de soportes virtuales.

—*¿Nunca más habrá otro Szyszlo en el Perú?*

—Szyszlo es producto de un tiempo y un momento histórico, y de relaciones muy precisas que lo han llevado al lugar donde se encuentra.

—*Entonces, ¿no habrá otro que tome esa posta?*

—Fernando de Szyszlo es el artista más culto de este país, pero Ramiro Llona es un artista que también tiene una cultura amplísima. Pero Ramiro Llona no va a ocupar el lugar de Szyszlo. Ni lo va a ocupar Gerardo Chávez ni ninguno de los que están en el segundo nivel.

Sus respuestas son categóricas, concluyentes: Szyszlo es único por la época que le tocó vivir. Durante su juventud fue reclutado a formar parte de la agrupación Espacio, encabezada por su amigo el arquitecto Luis 'Cartucho' Miró Quesada Garland. Un grupo clave dentro de la arquitectura y las artes plásticas en el Perú. Todos ellos buscaron modernizar la concepción de cultura en el país y conseguir una transformación.

Si bien empezó con arquitectos, la llegada de personas de otras disciplinas fue importante para ampliar la visión del desarrollo cultural. Personajes ilustres, como Carlos Cueto Fernandini, Celso Garrido Lecca, Enrique Iturriaga, Samuel Pérez Barreto, Sebastián Salazar Bondy, Blanca Varela o Javier Sologuren. Nombres que daban cuenta de la envergadura de este proyecto.

Con ese ánimo de querer modernizar los conceptos de cultura en el país, Szyszlo lidera la introducción del arte abstracto en el Perú. Esto es lo que Lama considera vital para entender la imagen



gravitante del artista, además de sus contactos directos con los intelectuales más brillantes del Perú y de otras partes del mundo.

—*¿Dónde radican las principales fuentes de información precolombina en Szyszlo?*

—Él encuentra en la poesía quechua Apu Inka Atawallpaman la fuente de todo el sustento de su abstracción. Ahora, también hay mucha influencia del surrealismo latinoamericano en Szyszlo.

—*En ese caso, Wilfredo Lam sería una de esas referencias surrealistas.*

—Exacto, pero no significa que hay citas de Lam, sino que hay un espíritu compartido con Lam en la búsqueda de las raíces.

—*Y lo precolombino se identifica en Szyszlo, al margen de su abstracción.*

—Si bien lo precolombino nunca llega a ser explícito, allí están los ornamentos Chancay, Moche, Chimú, Chavín y Paracas. Aunque hay cosas que son más explícitas, como sus esculturas o sus retablos.

El crítico termina de explicar el sustento precolombino y transita por otros aspectos creativos del artista, pero cada palabra elegida para su interpretación viene insuflada de pasión. Con él no puede ser de otra manera. Sus opiniones son pronunciamientos editoriales: “Al margen de todo, Szyszlo fue el que mejor integró las referencias precolombinas, nuestros orígenes con la contemporaneidad y es el más logrado en América Latina”. Así, con esa convicción, la sensación es que lo dicho por Lama está grabado en piedra.

Los estudiantes ingresan precipitados a la cafetería y las voces se crispan al hacer los pedidos para beber o comer algo. Le pregunto a Lama antes de que su paciencia zen llegue a su límite —porque sé que la tiene— sobre la polémica de Fernando de Szyszlo con Joaquín López de Antay en el año 1975, cuando le otorgaron el Premio Nacional de Fomento a la Cultura Ignacio Merino al artista ayacuchano, y el pintor más importante del Perú lo cuestionó. Un episodio polémico y también de alcances políticos.

Es un tema que todavía enciende los ánimos y que evidencia lo que piensan los diversos protagonistas de la cultura en el país: ¿qué es arte y qué no lo es? Fernando de Szyszlo se mantiene incólume, sigue sosteniendo lo mismo desde aquella vez en 1975 cuando se pronunció: “Mi opinión nunca ha cambiado y siempre he tenido un respeto por López Antay y el arte popular, pero no me parecía correcto mezclar arte popular con arte pictórico, porque son dos cosas diferentes. Primero, López Antay era heredero de una riquísima tradición, sus obras tienen un significado preciso, funcional: los retablos están en el umbral de las casas, el toro de Pucará, las iglesias, todas esas obras tenían funciones específicas. En cambio, la pintura no tiene una función específica: simplemente es una explosión de lo que uno siente alrededor”, concluye Szyszlo sin vacilaciones. Sin embargo, Lama, que sabe muy bien esta historia, tiene ideas muy claras sobre la visión de Fernando de Szyszlo sobre el arte popular.

—*¿De qué sirvió ese debate sobre López Antay y Szyszlo?*

—En lo que a mí respecta, para separar lo que es el arte popular y la artesanía, López Antay no era un artesano, era un artista popular. La artesanía es una industria pequeña, familiar y, si bien Szyszlo tenía razón en que el arte popular no posee la formación humanística, el conocimiento teórico, histórico, filosófico, es más complejo de aprender que el arte erudito entre comillas, porque no hay textos, no hay información ni referencias. Entonces, hay que indagar en la tradición.

—*Uno de los argumentos de Szyszlo es que López Antay produce de manera serial, no hay inventiva, que es lo que exige el arte en cada obra.*

—Está equivocado: primero, no es una producción serial en caso de López Antay. Es sumamente creativo y, si vemos las definiciones de arte, López Antay cumple con todos los requisitos. Ahora, si bien no es una obra que esté ligada a la tradición artística del siglo XX, es una obra de arte tan poderosa como la de Szyszlo. Y es cierto que hay infinidad de retablos, pero no son arte, son artesanías.

Las cosas son claras para Luis Lama: respeta y quiere a Fernando de Szyszlo, pero no teme discrepar con él. Y ahí está

el detalle: el crítico reconoce su talento y su nivel de irradiación en la historia del arte peruano del siglo XX, el más importante de todos. No hay discusión. Pero, también, identifica las zonas grises y discrepantes donde es ineludible decirle: “No estoy de acuerdo”.

## Llona, tributo a Szyszlo

El trabajo de Ramiro Llona impresiona: cada pintura que hace es más grande, un reto con la superficie y con su capacidad expresiva para darle vida a la tela. Es, como él dice, “una ética de trabajo”. Una ética que la aplica desde que era estudiante de arte en la Universidad Católica, casa de estudios donde Fernando de Szyszlo fue su maestro y él un joven artista con visión.

Ramiro tiene cuatro hijos en total: María (21), Cristóbal (11), Ramiro (4) y Sofía (2). Los tiempos de silencio conventual son remotos: él casi ni los recuerda. Pero son etapas en la vida; en estos momentos disfruta pintar todo el día y ver a sus hijos merodear por el taller. En ocasiones, cuando todos los chicos se juntan, el lugar se vuelve caótico. A él no le interesa: sabe que, en ese caos, existe mucha de su fuerza vital para atacar a la tela.

Cuando le pregunto por Szyszlo, medita: hace más de diez años existió la posibilidad de llamar al MAC Museo Fernando de Szyszlo; Ramiro y otros pintores se opusieron. El argumento se sostenía en que varios artistas habían colaborado con sus obras y no era justo que llevara el nombre del pintor de la serie *Mar de Lurín*. Eso devino en el distanciamiento de los dos.

Esa distancia obliga a Ramiro Llona a pensar lo que va a decir, pero no para adornar un discurso o afilar el hacha: viaja en el tiempo a través de su memoria emotiva y se encuentra con él, su maestro. Etapa de aprendizaje en la que Szyszlo fue el guía del camino.

—*Supongo que, al tener a Szyszlo de profesor, había que saber todo acerca de él.*

—Claro que sabíamos de él, conocíamos su pintura, íbamos a sus exposiciones, charlas y leíamos acerca de él. Cada viernes

lo esperábamos en la Escuela con una mezcla de admiración y asombro.

—*¿Dónde identificas su importancia en la pintura peruana?*

—Szyszlo era y es el pintor peruano por excelencia, testigo de una época y autor de un lenguaje que intenta fundir nuestras raíces precolombinas y lo moderno. Un intento que nunca más se hará: ya él lo hizo.

—*Sus referencias lo orientaron mucho, ¿no crees?*

—Pienso que tiene mucho que ver con la enormidad de descubrir el Perú profundo de la mano de Arguedas y la manera como bebieron de las diferentes manifestaciones artísticas de los antiguos pobladores del Perú. En el caso de Szyszlo debe de haber sido una experiencia plástica reveladora.

Llona sigue buscando más información en su mente, una que no solo apele al dato exacto, sino también a lo emocional. Esa es la que importa para él; con ella puede reconstruir una historia, una vida.

—*¿Cómo era la dinámica de tu relación con Szyszlo?*

—Yo tuve una relación personal con él, de mucha generosidad de su parte y curiosidad inagotable de la mía. Esta amistad después se trasladó hacia Blanca Varela, en esos años su esposa. De alguna manera extraña yo incluiría también a Westphalen en la ecuación. Siempre me digo a mí mismo que nunca conocí, ni conoceré, gente como ellos.

—*A pesar del distanciamiento, hay cosas que no se olvidan.*

—Fue mi maestro, es parte de mi historia y sé que lo que se organiza en mi memoria son principalmente sentimientos de admiración y gratitud hacia él.

## **Blanca y sus hijos**

Blanca Varela, la primera esposa y madre de los dos hijos de Fernando de Szyszlo, siempre fue una persona reservada: nunca

le agradó la exposición de su vida. Prefirió la discreción. Szyszlo, un poco más sociable, igual agradecía ese temperamento. Pero la protección de imagen que tenían como pareja, inevitablemente, atraía: pintor y poeta, ambos los más importantes del país en sus ámbitos. Una pareja idílica.

Esas idealizaciones quedaban en el mundo de lo irreal: los dos constituían una pareja que tenía que lidiar con la normalidad de la vida y eso era duro. Cada uno tenía bien marcadas sus obligaciones con sus hijos: Blanca Varela se dedicaba a las tareas más domésticas y Fernando de Szyszlo al alimento intelectual.

Esa era la dinámica familiar de la crianza: Szyszlo llevaba a sus hijos al cine, al teatro y conversaba con ellos de libros. Blanca supervisaba tareas y juegos para ellos, y el fútbol fue el deporte que sus hijos eligieron y ella, como toda madre amorosa, participaba. De niños los acompañaba cuando pateaban la pelota; de más grandes miraba los partidos por televisión con ellos. Blanca Varela en plena misión de madre.

*—A usted nunca le gustó el fútbol, ¿cómo hacía con sus hijos?*

—Es verdad, nunca me gustó el fútbol. Pero a Blanca le gustó por mis hijos. Veía los partidos con ellos.

*—Ellos veían el mundial de Argentina 78 también con Mario Vargas Llosa.*

—Sí, pero además mi hijo Vicente iba al estadio con Mario porque los dos eran de la U.

En lo intelectual y creativo cada uno manejaba bien sus espacios. Ninguno interfería en el trabajo del otro: eran muy respetuosos del pensamiento, de la creatividad de la pareja. Szyszlo en la pintura y Blanca en la poesía: ninguno de los dos se atrevía a opinar de la obra del otro.

*—Tengo entendido que no opinaban sobre la obra del otro.*

—Nunca opiné sobre la poesía de Blanca, jamás un comentario frente a ella. Igual ella; nunca escribió una línea acerca de mi pintura, ni una. Y eso me parecía lo correcto.

—¿Qué tipo de pareja eran?

—Éramos una pareja de un par de intelectuales suficientemente maduros, pero una pareja de personas que eran adolescentes. Ingenuos, que no supieron manejar una relación, que debió ser normal, que debió durar más de lo que duró. Duró mucho, pero debió durar más.

—¿Pero qué ocurrió?

—Ella se fue inclinando hacia la izquierda, y yo me fui decepcionando cada vez más de la izquierda. Entonces nuestras maneras de ver las cosas se fueron distanciando. Y nuestros amigos empezaron a ser distintos. Pero así es.

Fernando de Szyszlo hace un silencio. No tiene más qué decir sobre Blanca Varela; ha dicho todo lo que tenía que expresar. Ha sido suficiente.

## **Lorenzo en la memoria**

El 29 de febrero de 1996, Lorenzo de Szyszlo, el segundo hijo de Fernando de Szyszlo y Blanca Varela, murió al estrellarse el avión en el que iba en Arequipa. El pintor lo sigue recordando: una tragedia enorme, con la cual el alma de una familia queda mutilada por siempre.

Con el paso de los años, Szyszlo habla del tema con mayor tranquilidad; al principio era asediado por la pena. Hoy, la pena y la tristeza no se han marchado, pero puede afrontar con mayor calma su dolor.

—*Cuando murió su hijo Lorenzo, usted se abocó a la pintura con mayor obsesión.*

— Sí, mi compulsión por la pintura aumentó, sobre todo para no enloquecer, no suicidarme. Pero no pasa un día que no recuerde la muerte de Lorenzo. No ha pasado un día.

—*Quizás esa compulsión es una manera de defenderse de ese dolor devastador.*

—A veces, por las noches, me despierto y tengo la sensación de que, si sigo pensando en eso, me puedo volver loco. Por eso, la pintura me ha salvado, me ha salvado de no volverme loco.

El arte salva el alma, de alguna manera Szyszlo trata de decir eso: frente a la magnitud de ese drama, pintar lo ha ayudado a no caer en la desesperación y seguir adelante, aunque cada día su memoria registra a su hijo Lorenzo. Una pérdida terrible de la que me enteré cuando era practicante en la revista *Caretas*; cuando salió en las noticias que el Boeing 737 de la aerolínea Faucett se había estrellado en Arequipa, la redacción se empezó a movilizar.

En aquella época, el escritor y periodista Jeremías Gamboa también practicaba en el semanario y fue designado para que viajara a Arequipa y cubriera el accidente. Una experiencia que sobrepasaba a cualquiera: él, con apenas 20 años, abordó un drama nacional.

—*Cubrir la noticia de ese accidente era una enorme responsabilidad.*

—Sí, y esa fue mi primera comisión importante y estuve a metros del accidente. Fue la primera vez que vi la muerte de una manera tan trágica.

—*Y esa fue tu primera nota grande en la revista.*

—Fue irónico que esa nota haya sido la más grande que había publicado hasta ese momento. Tuvo siete páginas con llamada en carátula.

—*Recuerdas cómo viviste emocionalmente la cobertura.*

—Mira, recuerdo que teníamos muy presente que en ese avión había fallecido un hijo del pintor Fernando de Szyszlo y la poeta Blanca Varela. Y no queríamos imaginar el dolor que podían estar sintiendo ambos.

Tiempo después, antes de que Jeremías Gamboa escribiera su libro de cuentos *Punto de fuga* y su exitosa novela *Contarlo todo*, escribía crítica de arte en el Grupo El Comercio. Después lo invité para que escribiera en el diario *Correo*, donde era editor de Cultura. Las artes plásticas siempre cerca de él.

Con el correr de los años, lejos del accidente de 1996, Gamboa se volvía a encontrar con Fernando de Szyszlo, con Lorenzo de Szyszlo: “Después de varios años vi una pintura de la serie *Sol Negro* y me conmoví mucho: estaba dedicada al hijo fallecido en ese accidente, a Lorenzo”. Un tributo al hijo, una manera de afrontar la pérdida irreparable.

Y, este año 2017, la esposa de Jeremías Gamboa, la dramaturga y directora de teatro Mariana de Althaus, puso en escena la obra *Pájaros en llamas*: pieza teatral que describe el drama de dos familias alcanzadas por la fatalidad de los accidentes aéreos. Una de las historias es sobre Lorenzo de Szyszlo; evocación impactante y entrañable. Memoria y arte en búsqueda de cerrar heridas.

## **El eterno desafío de la pintura**

Fernando de Szyszlo empieza a pintar desde las ocho y media de la mañana hasta el atardecer: no le gusta trabajar con luz artificial, prefiere la luz del día para ver las formas y los colores que plasma en sus cuadros. Y en su estudio, la paz es posible: un espacio amplio en el segundo piso de su casa, provisto de pinceles, caballetes y un ventanal muy grande para que la potencia de la luz haga su acto de presencia.

La música es esencial en sus jornadas pictóricas. Los autores clásicos no pueden faltar: Beethoven, Mozart o Brahms. Pero el jazz también tiene su momento cuando el pintor quiere darle otra atmósfera sonora al taller.

Su esposa, Liliana Yábar, con la que tiene casi 30 años de casado, siempre está cerca de él: se encuentra leyendo una revista o haciendo sus propias cosas en el taller: “Usualmente lo acompaño un buen rato, pero a veces, cuando no estoy, me llama. Le gusta que esté presente mientras pinta”, dice Liliana Yábar, quien hace unos años posó con toda la familia para la portada de la revista *Cosas Padres*, nota que escribí y en la cual tuve la ocasión de conversar con ella. Encantadora y dulce.

Pero siempre, siempre está la pintura: esperando a Szyszlo para el siguiente desafío. No importa que tenga 92 años y las



batallas que tenga a cuestas. La tela exige que él se pronuncie y Szyszlo va, con toda su energía, y afronta los asuntos que tiene que resolver en un cuadro.

—*Al parecer la pintura es irrenunciable en usted.*

—Es un desafío donde nunca he logrado satisfacer y estoy ahí todos los días dándole. Estoy cansado, estoy viejo, estoy que no tengo fuerzas y, sin embargo, sigo haciendo cuadros que son enormes. Es una manera de combatir la realidad.

—*¿Y qué es la pintura desde la experiencia de Szyszlo?*

—Siempre he repetido que la pintura es un encuentro visible de lo sagrado con la materia; es cuando se produce ese chispazo que la materia se sacraliza. O lo sagrado materializado, que es cuando se crea un cuadro.

Ese impulso por acceder a esa sacralidad le da sentido a su visión creativa: esa búsqueda permanente en su interioridad, en aquellas emociones que lo empujan a pronunciarse con urgencia, porque son emociones que arden. En esa experiencia, el arte asoma en las obras de Fernando de Szyszlo Valdelomar. Intenso, ancestral, valiente y vivo: un espíritu entregado para que lo sagrado se revele y nos conquiste.

